



Revista de Fomento Social, 52 (1997), 433-456

701
REVISTA DE FOMENTO SOCIAL

RECENSIONES

SOCIOLOGÍA

GALBRAITH, J.K. (1996), *Una sociedad mejor*, Ed. Crítica, Barcelona, 186 págs.

Puede decirse que Galbraith retoma aquí el mismo tema de *La cultura de la satisfacción*, una obra que ha conocido ya 6 ediciones en castellano desde su publicación en 1992. Pero ahora lo hace desde un prisma nuevo: el de la *sociedad mejor*.

En *La cultura de la satisfacción* Galbraith arremete con dureza contra esa «mayoría satisfecha», orgullosa de su propia situación, que consideran fruto de sus méritos, y reacia a toda intervención del Estado, que a la larga terminaría perjudicándoles. Galbraith les critica no sólo su errónea percepción de la realidad, sino sobre todo sus efectos sobre las desigualdades a nivel nacional e internacio-

nal. En Estados Unidos la clase de los excluidos ha dejado de votar porque ya no confía en los partidos, ni siquiera en el Partido Demócrata que en otros tiempos sí había defendido sus intereses. Pero esto no hace sino asegurar la soberanía de esa «mayoría satisfecha».

Todo eso estaba ya en *La cultura de la satisfacción*, y sigue estando en *Una sociedad mejor*. Galbraith lo reconoce cuando dice que este libro presupone esa realidad pero que no respeta sus planteamientos.

El prisma nuevo que da la originalidad a este libro es el de la *sociedad mejor*. Galbraith la define, no como la sociedad perfecta que todos soñamos, sino como una sociedad posible a la que plausiblemente podemos aspirar. El inglés «*a good society*» ha sido traducido por «*una sociedad mejor*», aunque a lo largo del texto se mantiene preferentemente la traducción literal («*una sociedad buena*»), cosa que puede despistar algo al lector. En

BIBLIOGRAFIA

todo caso, la idea refleja bien el realismo con que Galbraith quiere dotar a sus reflexiones. ¿Dónde podemos encaminar nuestra sociedad? La pregunta le fue formulada a Galbraith para que respondiera a ella con una conferencia en la asamblea bianual de la Iglesia Evangélica Alemana en 1993. Desde este embrión inicial el autor ha estructurado luego muchas propuestas, siempre huyendo de lo que él llama «doctrinas», por su inflexibilidad para dejarse cuestionar por los hechos, y haciendo del «juicio práctico» el criterio conductor de toda la obra. Esto impone una disciplina de aproximación a cada caso concreto para analizarlo al margen de las grandes proclamas de carácter general. Es justo lo contrario de lo que se hace desde las posturas doctrinales.

Con esa perspectiva de la *sociedad mejor* y con ese método del *juicio práctico* Galbraith pasa revista a muchos acontecimientos de la historia reciente de Estados Unidos. El horizonte inmediato de sus reflexiones es bastante reducido: las elecciones de otoño de 1994, donde se impuso el Partido Republicano, aunque ganó con menos de la cuarta parte de todos los votos posibles, ya que sólo acudieron a las urnas en esta ocasión menos de la mitad de los ciudadanos norteamericanos. Pero hay un horizonte más amplio en la obra, desde el que Galbraith critica los esfuerzos de los republicanos de su país: lo que él llama «la fuerza mayor de la historia» (p. 26) o «la gran corriente de la historia» (p. 147). Los pocos meses transcurridos desde la mencionada victoria electoral han sido suficien-

tes para mostrar cómo todos los intentos de actuar contra esta corriente han fracasado, porque los republicanos (tampoco los demócratas) no son los conductores de la historia, aunque ellos vivan de esa ilusión. ¿Cuál es esa corriente de la historia que trasciende todos los esfuerzos humanos?: la necesidad progresiva de intervención del Estado y la creciente internacionalización.

Por lo demás, Galbraith pone de relieve a lo largo de toda su obra que sigue siendo un keynesiano convencido, cosa que ya no está tan de moda como en los comienzos de su actividad profesional y pública. Desde esas convicciones critica al neoliberalismo, hoy tan en boga, encarnado en el Partido Republicano de Estados Unidos e incluso asumido ya por no pocos miembros del Demócrata. Pero no siempre es claro que entre en el debate con las posturas liberales de hoy en sus críticas de los excesos del Estado: pareciera como si estuviera viviendo todavía demasiado de las rentas de su rico pasado intelectual. Porque a lo que renuncia Galbraith es a asignar un papel decisivo al Estado en la construcción de esta sociedad mejor, que ha de proponer metas beneficiosas, pero factibles, no sólo para los afortunados, sino para todos. Por eso las insuficiencias del mercado apoyadas por el dominio político de los afortunados son el objeto central de las críticas que se suceden en la obra.

Reflejo de esta misma preocupación por los excluidos son también los dos capítulos –destacables a pesar de su brevedad– dedicados a los pobres de la

tierra. Lo que Galbraith quiere dejar bien sentado es que una sociedad mejor no se puede construir de espaldas a esta realidad mundial, de la que los ciudadanos de su país no pueden sino sentirse responsables. Al tiempo que reconoce la magnitud de las ayudas, examina los fallos del enfoque con que se han hecho: no se ha cuidado de poner las bases para que esta ayuda hubiese sido más eficaz, que no son sino la estabilidad política y la educación generalizada.

Al final Galbraith aterriza en una cuestión que planea sobre todas sus páginas: la política. No basta con que haya democracia. Esta ha de ser genuina, es decir, *incluyente*. La de Estados Unidos no lo es, y por eso se ha convertido en legitimación de los intereses de los afortunados. La alternativa —que para Galbraith es la base de una sociedad mejor, y por tanto considera factible— es una democracia en la que los pobres recuperen su confianza y puedan hacer valer sus intereses, pero apoyados por todos aquellos ciudadanos todavía dispuestos a ayudarlos y a vivir una actitud profunda de compasión.

Puede decirse que esta última obra de Galbraith refleja demasiado la realidad norteamericana, incluso que en algunos momentos parece una defensa del Partido Demócrata frente al Republicano. Quizás ese es, sin embargo, su principal valor: una voz de autocrítica, que resuena potente y autorizada desde el seno mismo de «la sociedad de los satisfechos».

Ildefonso Camacho Laraña S.J.

DESARROLLO

PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD), *Informe sobre desarrollo humano 1997*, Nueva York – Madrid 1997, 262 págs.

Cuando la Organización de Naciones Unidas declaró 1996 el Año Internacional para la Erradicación de la Pobreza, la palabra «erradicación» sonó a excesivamente pretenciosa. El *Informe sobre desarrollo humano 1997* presenta como su tesis central que la erradicación de la pobreza en el mundo es posible, económica y técnicamente hablando: falta sólo la voluntad política para hacerlo. Y lo dice con palabras muy duras:

«La erradicación de la pobreza en todas partes es más que un imperativo moral y un compromiso de solidaridad humana. Es una posibilidad práctica, y en el largo plazo es un imperativo económico para la prosperidad mundial. Y por cuanto la pobreza ya no es inevitable, no se debe tolerar más. Ha llegado el momento de erradicar los peores aspectos de la pobreza humana en un decenio o dos, para crear un mundo que sea más humano, más estable y más justo. Alcanzar esta meta a comienzos del siglo XXI es más practicable de lo que la mayoría cree. Es cierto que los intereses creados oponen obstáculos. Pero el escepticismo y la incredulidad son igualmente incapacitantes» (pág. 120).

En realidad éste fue el compromiso